

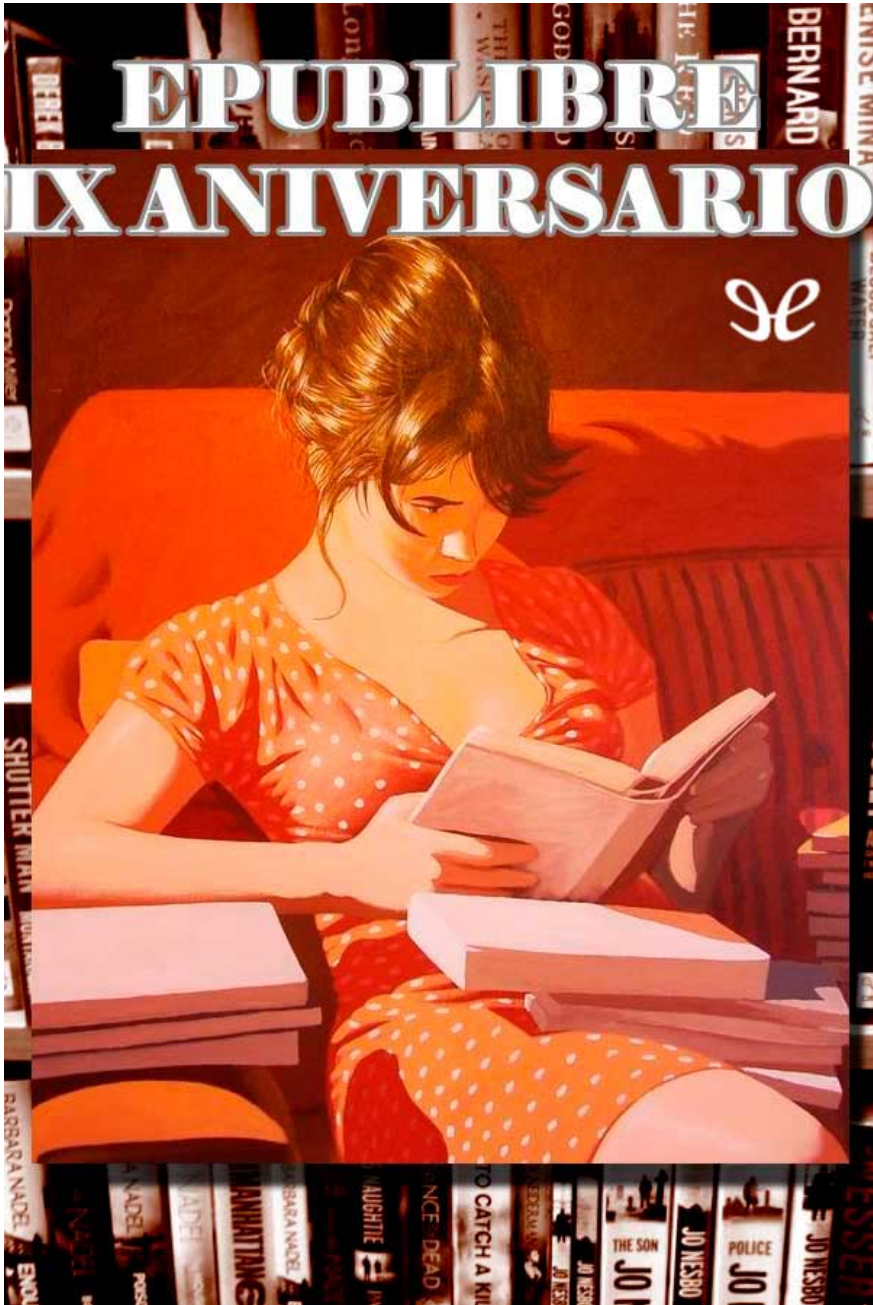
SANDRA BROWN

MÁS ALLÁ  
DE LA  
RAZÓN

*Un amor irresistible*

Katherine Adams aseguraba que jamás cometería los mismos errores que su hermana Mary, que se había casado con un codiciado millonario, un hombre violento y mujeriego. La misma noche en que Mary moría dando a luz un bebé prematuro, su marido, Peter Manning, fallecía también en un accidente automovilístico. Katherine se hizo cargo de la pequeña Allison, a pesar de las amenazas y presiones de la familia Manning, y terminó por huir para poner a salvo a la pequeña.

Sin embargo, un día apareció Jack, el hermano de su difunto cuñado, para reclamar la custodia de la niña. Katherine deseaba creer que el atractivo Jack no pertenecía a ese mismo mundo de mentiras y secretos, pero podía ser destruida por una verdad que temía enfrentar... y por un amor irresistible.



## Capítulo 1

«El Concejo Municipal de Denver aprobó hoy un aumento del seis por ciento en los impuestos del próximo año fiscal. Los concejales argumentaron que...».

–Magnífico –rezongó Katherine–, exactamente lo que necesito... otro ataque al presupuesto.

Devolvió el cepillo de cabello que había estado usando al cajón, y tomó un frasco de loción depositado sobre la mesa de tocador del cuarto de baño. Apoyó la pierna en el asiento de la cómoda mientras aplicaba una porción generosa de la fricción a su pierna larga y bien formada. Volvió a prestar atención a la voz que provenía de la radio depositada sobre la mesa, al lado de la cama, en el dormitorio adyacente.

«El intento de un hombre armado de robar en una tienda fue frustrado hoy por la policía de Denver. Un grupo de agentes rodeó el edificio después de recibir una llamada...».

«Impuestos más elevados y delito. Qué maravilloso terminar así el día de este modo», pensó Katherine mientras se cepillaba los dientes.

¿Sería ésta una de esas noches en que ella chapoteaba en la autocompasión y la amargura? Ese género de intros-

pección no era usual, pero ella se lo permitía siempre que la melancolía la dominaba.

Seguramente sería agradable dar las buenas noches a alguien, compartir con él una habitación, un espacio, respirar el mismo aire, oír los mismos sonidos. ¿Él? ¿Por qué ese ser anónimo había adoptado una forma masculina? Suspiró. Vivir sola tenía sus compensaciones, pero también podía provocar un sentimiento de soledad. El pronóstico del tiempo... Katherine frunció el ceño, volvió los ojos hacia el receptor de radio y se preguntó si el locutor del programa nocturno nunca se cansaba de hablar consigo mismo. ¿Jamás pensaba en las almas a las cuales hablaba? ¿Sentía la soledad que las agobiaba y con su charla fácil trataba de aliviar ese sentimiento?

Su voz era agradable. Llegaba bien modulada y clara, pero un tanto... estéril. Su acento casual era un estilo ensayado, anónimo e impersonal.

«¡Dios santo! Qué humor tan agrio –se dijo, mientras se ponía la bata y salía del baño–. Quizá debería conseguir una persona con la cual compartir el apartamento ahora que Mary se casó», musitó Katherine mientras atravesaba la casa para realizar una última inspección mientras apagaba las luces.

A Katherine le encantaba esa vieja casa. Después de la muerte de su padre, cuando ella tenía apenas seis años, la madre había conseguido conservar la casa y había criado a Katherine y su hermana menor Mary con toda la comodidad que le permitía su sueldo de empleada de correos. No había sido fácil para la viuda, pero la obligada frugalidad había enseñado a las niñas a vivir con economía.

Katherine revisó las cerraduras de las puertas y apagó las luces de la sala de estar, al mismo tiempo que rechazaba la idea de compartir el apartamento. Ella y Mary se habían llevado muy bien después de la muerte de la madre, tres años antes; pero eran hermanas, y el carácter alegre de Mary había facilitado la convivencia.

Tal vez Katherine no tuviese tanta suerte con otra persona. Mary. Querida Mary.

La vida de Mary ciertamente no había mejorado con el matrimonio. Katherine pensó: «No, gracias». Conservaría su independencia y soportaría esos accesos de soledad, breves pero dolorosos.

Acaba de llegar el siguiente boletín... Katherine alargó la mano hacia la perilla del receptor de radio para ajustar el despertador y de pronto retrocedió y miró fijamente la caja de madera y cromo, y escuchó incrédula lo que el locutor decía.

«Esta noche Peter Manning, destacada figura del mundo empresario de Denver, murió trágicamente cuando su automóvil se descontroló y chocó contra un pilar de concreto. La policía informó que el automóvil del señor Manning salió del camino a gran velocidad. Parece que murió en el acto. Una mujer no identificada, que viajaba en el asiento del copiloto del automóvil deportivo, también murió en el trágico accidente, Peter Manning era hijo...».

Katherine se sobresaltó cuando el teléfono llamó estridente a su lado. Respiró con un jadeo profundo antes que su mano temblorosa aferrara el receptor. Se hundió en la cama mientras acercaba el instrumento al oído.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Señorita Adams? Habla Elsie. Trabajo aquí en la casa de la familia Manning. La conocí...

—Sí, Elsie, la recuerdo. ¿Cómo está mi hermana? —preguntó Katherine con voz premiosa.

—Por eso la llamo, señorita Adams. ¿Se enteró de lo que le sucedió al señor Peter?

No era necesario decir a la criada que ella no había sido informada oficialmente, pero en todo caso confirmó que estaba al tanto del accidente sufrido por Peter.

–Bien, esto es un infierno. La señora Manning está histérica, y grita terriblemente. El señor Manning está apenas mejor. Hay fotógrafos y reporteros por toda la casa, y hablan y manejan cámaras y micrófonos y encienden sus luces...

–¿Cómo está Mary? –la interrumpió imperiosamente Katherine.

–A eso voy. Cuando el policía les habló del accidente, estaban todos en la sala. Cuando el hombre mencionó que una mujer estaba en el automóvil con Peter, y que también ella había muerto, la señora Manning se volvió hacia la señorita Mary, que es tan buena, y comenzó a gritarle. Señorita Adams, le dijo cosas terribles. Afirmó que si la señorita Mary hubiese sido mejor esposa, el señor Peter no habría salido por la noche a buscar...

–Por favor, Elsie, ¿Mary está bien?

–No, señorita Adams, no está bien. Subió de prisa la escalera para ir a su habitación y escapar de la señora Manning. A pesar de su estado, nadie le prestaba atención. Fui a ver cómo se encontraba, y está perdiendo sangre.

–Dios mío...

–Sí, y creo que ya comenzó el parto. Me pareció que usted debía saberlo porque aquí nadie se ocupa de ella. Todos están pensando en...

–Elsie, escúcheme bien. Llame una ambulancia. Lleve inmediatamente a Mary al hospital. Yo me comunicaré con su ginecólogo. No diga a nadie lo que está haciendo. Si tiene que retirar de contrabando a Mary pasando por la cocina, hágalo. Pero arrégleselas para que ella llegue a la ambulancia. ¿De acuerdo?

–Sí, señorita Adams. Haré lo que usted dice. Siempre simpatiqué con su hermana y pensé...

–Elsie, eso ahora no importa. Llame a la ambulancia.

Katherine no podía menos que exasperarse ante la verba excesiva de Elsie; pero confiaba en que la excitada mu-

jer lograra que Mary llegase inmediatamente al hospital.

Katherine cortó la comunicación y marcó de prisa el número del médico, después de revisar frenéticamente la guía para hallar el número. Parecía haber olvidado la existencia del orden alfabético, y ahora maldijo su propia ineptitud. Se comunicó con el servicio de atención telefónica, y rápidamente informó al operador del estado de Mary. El operador prometió comunicarse de inmediato con el médico, y enviarlo directamente al hospital.

Sin pensarlo dos veces, Katherine se quitó la bata y el camisón y se abalanzó sobre su guardarropa. Se apoderó de un par de vaqueros, y maldijo a los Manning y especialmente a Peter. ¿Cómo era posible que se comportara de ese modo? ¿No había provocado bastante sufrimiento a Mary sin necesidad de humillarla yendo a su propia muerte cuando en el auto viajaba otra de sus mujeres? Katherine creía en los relatos de Mary acerca del maltrato físico que él le infligía; pero, ¿eso podía incluir un parto provocado y el nacimiento de un feto de siete meses?

Katherine rezó: «Dios mío, ayúdala». Y entretanto se puso una camiseta y calzó un par de sandalias.

Sin peinarse ni maquillarse corrió fuera de la casa, subió a su automóvil y enfiló hacia el hospital. Se impuso imprimir al vehículo menos velocidad que la que ella misma hubiese deseado.

De nada le serviría a Mary que ella quedase herida o se matase en otro accidente.

«Mary, Mary, ¿cómo no adivinaste la clase de hombre que era Peter Manning?».

¿Se había dejado cautivar tan absolutamente por esa sonrisa que adornaba las columnas de las páginas de sociedad, y no había visto la superficialidad del gesto?

Peter Manning, el Muchacho Apuesto, hijo de una de las familias más acaudaladas y prominentes de Denver, heredero de directorios bancarios, propiedades, compa-



ñías de seguros y muchas otras empresas, se había convertido en marido de Mary Adams un año atrás.

Katherine se había sentido por lo menos desconcertada cuando de pronto Peter concentró su atención en Mary, a quien él había conocido mientras la joven trabajaba en una galería de cuadros para ayudar a pagar sus clases de arte. Era un hombre suave, apuesto, muy elegante, refinado y seguro de sí mismo. Había seducido a la gentil, a la ingenua y confiada María, y la había dejado caer. Y el golpe había sido duro.

¿Por qué? Desde el comienzo de ese extraño romance la pregunta había torturado a Katherine. Mary era bonita, pero nada que pudiese compararse con las luminosas debutantes y las celebridades con quienes Peter solía alternar. ¿Por qué se había molestado con Mary?

Katherine tocó la bocina belicosamente a un automovilista que se demoraba frente a la luz verde. Pero su cólera no apuntaba al otro conductor. Estaba dirigida al hombre que había convertido a una joven alegre, feliz y vibrante en una autómatas agobiada e inerte.

Tras pocos meses de matrimonio, la actitud amante de Peter hacia su esposa, la actitud que Katherine siempre había considerado un poco exagerada, y por lo tanto insincera, comenzó a cambiar drásticamente.

Los relatos lacrimosos de Mary, una historia de horror tras otra, habían conmovido a Katherine. Los abusos físicos y emocionales eran episodios cotidianos.

Peter estaba furioso a causa del embarazo de Mary, aunque ella juraba que el marido la había violado una noche, sin darle tiempo siquiera a tomar precauciones para evitar esa condición. El matrimonio se convirtió en una pesadilla constante.

Pero Peter ofrecía al mundo la imagen de la felicidad conyugal. Manifestaba una devoción total a Mary en presencia de sus padres y sus amigos del *country club*. Su hi-

pocresía habría sido motivo de risa si no hubiese tenido un perfil tan trágico.

Katherine acercó el automóvil a la entrada de urgencias del hospital, y vio complacida que había espacio para estacionar cerca de la puerta. Echó la llave a su automóvil y corrió hacia la entrada bien iluminada, apenas unos momentos antes de escuchar el sonido de la ambulancia.

Katherine y el médico de Mary estaban de pie en el amplio vestíbulo, cuando los enfermeros pasaron con la camilla por las puertas de vidrio que se abrieron automáticamente. Katherine contuvo una exclamación cuando vio la cara de su hermana. Se llevó la mano a la boca para ahogar un grito. Mary tenía los ojos abiertos, pero extraviados, y no percibió la presencia de su hermana cuando la pasaron frente a Katherine y la introdujeron en una de las habitaciones de la guardia.

Después de un examen superficial, Mary fue enviada a la sala de maternidad, donde dio a luz a una niña después de apenas treinta minutos de parto.

El médico tenía una expresión sombría mientras se acercaba a Katherine, caminando por el corredor silencioso y apenas iluminado, con sus zapatos de suela de goma.

—Señorita Adams, su hermana está grave. No creo que pase de esta noche.

Katherine apoyó el cuerpo en la pared, y lo miró fijamente, al mismo tiempo que apretaba con fuerza el puño sobre sus labios lastimados. De los ojos verdes de la joven brotaron las lágrimas que descendieron por las mejillas pálidas y humedecieron los mechones de cabellos dorados que formaban una suerte de marco irregular alrededor de la cabeza.

—Lamento ser tan directo, pero creo que usted tiene que conocer la gravedad de su estado. Sufrió una hemorragia tan intensa antes de llegar aquí que fue poco lo que pudimos hacer, a pesar de que ordené que se le administrase una transfusión. —El médico se interrumpió, y miró a

Katherine antes de decir en voz baja—: No fue un embarazo feliz. No quería cuidarse. Ella ya me preocupaba mucho antes de... Bien, sé lo que sucedió esta noche. Lo siento por el señor Manning. Y no creo que Mary desee vivir —agregó en una actitud de simpatía.

Katherine asintió sin hablar. Cuando el médico ya se volvía, ella le aferró la manga y preguntó con voz ronca:

—¿Y la niña?

Él le dirigió la sombra de una sonrisa.

—Una niña pequeña. Dos kilogramos. Perfectamente formada. Seguramente sobrevivirá.

Mary falleció al alba. En uno de sus pocos momentos de lucidez, durante esa larga noche, llamó a Katherine.

—Un pedazo de papel —murmuró.

—¿Papel? —repitió estúpidamente Katherine. ¿Acaso Mary no sabía que ésa era la despedida?

—Sí, por favor, Katherine. De prisa. —Apenas pudo pronunciar las palabras.

Katherine revisó desesperada el cuarto de hospital en busca de un pedazo de papel, y finalmente encontró una toalla de papel en el pequeño cuarto de baño.

—Bolígrafo —gimió Mary.

Katherine lo sacó de su bolso y miró asombrada mientras su hermana debilitada conseguía escribir con mano temblorosa varias líneas en la toallita. Rubricó con su firma de costumbre al pie, cuando terminó.

Mary cayó sobre las almohadas, completamente agotada. El esfuerzo le provocó intensa palidez y se le cubrió de transpiración el rostro. Tenía los labios azulados.

Había círculos oscuros alrededor de los ojos, pero se los veía más luminosos, más vivos e intensos de lo que jamás habían estado desde el día del matrimonio.

Katherine recogió una imagen espectral de la antigua Mary en ese cuerpo gastado, y sintió deseos de llorar copiosamente por lo que estaba perdiendo.

Mary era rubia y tenía los ojos azules. Su piel siempre había sido clara, con un matiz sonrosado. Sus ojos reían cuando su boca de querubín se curvaba en la más leve sugerencia de una sonrisa.

Era más baja y más regordeta que su esbelta hermana, y sufría por cada caloría de más, hasta poco tiempo atrás, en que había perdido por completo el apetito. La voz animosa que ahora se había convertido en un murmullo jadeante rescató a Katherine de sus ensueños.

—Katherine, llámala Allison. No permitas que la tengan. No deben tenerla. —Las manos blancas, parecidas a garras, aferraron el antebrazo de Katherine—. Llévatela de aquí. Dile que yo la amé muchísimo. —Cerró los ojos y respiró varias veces, con un jadeo superficial. Cuando abrió de nuevo los ojos, éstos habían adquirido una característica de ensueño. Se los veía pacíficos—. Allison es un bonito nombre. ¿No te parece, Katherine?

Dos días más tarde se realizó el doble funeral. Fue un circo. El voraz apetito de escándalo del público se acentuó gracias a la actividad de los entusiastas periodistas que competían unos con otros tratando de escribir el artículo más sensacional. La joven que había muerto con Peter era una alumna de secundaria de diecisiete años, líder de una de las bandas estudiantiles. Cuando sufrió el accidente estaba semidesnuda. El nacimiento prematuro de Allison y el fallecimiento ulterior de Mary a lo sumo avivaron el sabor de la inquietante historia.

Katherine estaba agobiada por el dolor que le provocaba la muerte de Mary.

Peter había sufrido una muerte instantánea cuando se le rompió el cuello, y en su cuerpo no había una sola marca. Como impulsada por su propio sadismo, Katherine pensaba que eso era injusto, sobre todo cuando recordaba la cara maltratada de Mary, su belleza inocente deteriorada por meses de abusos físicos y ataques verbales. Eso no era justo.

Katherine apenas había conseguido soportar la ostentación de la fastuosa boda celebrada un año antes; pero el funeral fue una prueba todavía más dura.

Eleanor Manning, que se las había ingeniado para exhibir un aspecto encantador con su elegante vestido negro y los cabellos rubios recién peinados, se mostraba inconsolable. En cierto momento se aferraba a Peter Manning (padre), un hombre alto y distinguido de cabellos grises, y sollozaba incontrolablemente. Un instante después criticaba a la pobre Mary porque no había amado bastante a Peter, ese pobre muchacho. Después, maldecía a Jason, el hermano menor de Peter, porque no asistía al funeral.

—Para él no fue suficiente humillarnos manteniéndose el margen de la boda. Tenía que agravar nuestra vergüenza absteniéndose de volver a casa para el funeral de su hermano. ¡África! Dios mío, es tan bárbaro como esos paganos que viven allí. ¡Primero estuvo con los indios, ahora visita a los paganos de África!

Y al llegar a este punto, caía en otro ataque de llanto e histeria.

Katherine sabía muy poco acerca de ese hermano, llamado Jason Manning. Peter siempre lo había mencionado como distraídamente, exactamente como si su vida careciera de importancia. Pero Mary se había mostrado entusiasmada al recibir una carta de Jason.

Durante una visita a Katherine, le mostró la carta con tímido orgullo. No se necesitaba mucho para hacer feliz a Mary.

—Katherine, recibí una carta del hermano de Peter. Mira, está en África. Trabaja con una empresa petrolera, o algo por el estilo. De todos modos, se disculpó porque no había podido asistir a la boda, y me felicitó por mi embarazo. Escucha.

Leyó un pasaje del papel de cartas blanco y liso cubierto con trazos negros enérgicos.

*Ansío que llegue el momento de volver a casa para saludarte como debe hacer un buen hermano. Si eres tan bonita como las fotos que mamá me envió, lamento no haberte visto primero. Condenado Peter. ¡Siempre es el más afortunado!*

—Por supuesto, está tomándome el pelo —dijo Mary, sonrojándose—. Pero, ¿no te parece simpático? Y agrega:

*Cuida a esa nueva sobrina o sobrino que me espera.*

*Será magnífico que haya un niño alrededor. ¿No es verdad? Qué te parece. Seré el tío Jack.*

Katherine había asentido entusiastamente, aunque lo hacía por mera cortesía. La alarmaba la delgadez cada vez más acentuada de Mary, a pesar del abdomen que se agrandaba. Aquel día le había despertado mayor interés el deterioro de la salud de su hermana y su evidente sentimiento de infelicidad que los comentarios de ese hermano que estaba tan lejos. Y por el momento había archivado sus impresiones acerca de Jason, uniéndolas a las que ya tenía acerca de los restantes Manning.

Después del funeral los días se ajustaron a una rutina grisácea, tediosa y agotadora. Katherine se dirigía a trabajar todos los días en la compañía de electricidad, y continuaba redactando los materiales de investigación y los comunicados de prensa que formaban su trabajo desde hacía cinco años. ¿En efecto había pasado tanto desde que se había diplomado en la universidad? ¿Había estado ejecutando tanto tiempo esa labor tediosa?

Ganaba un sueldo respetable, pero veía en su tarea nada más que una práctica que la preparaba para mejores cosas futuras. Poseía más capacidad literaria que la que exigía su empleo, y ansiaba poner a prueba su creatividad. Quizás ahora que había asumido la responsabilidad de

criar a la niña, se vería obligada a buscar un empleo mejor pago.

¡Allison! Katherine se sentía encantada con la niña. Todas las noches visitaba el hospital y miraba a su sobrina a través del tabique de vidrio de la sala de prematuros.

Anhelaba que llegase el día en que pudiera hacerse cargo de la pequeña. Allison aumentaba de peso día tras día, y el pediatra dijo a la ansiosa tía que cuando la pequeña mantuviese un peso de dos kilogramos y medio durante cinco días la entregaría a los cuidados de Katherine.

Realizó arreglos para gozar de dos semanas de vacaciones cuando pudiese llevar a Allison a su casa, y comenzó a buscar el mejor centro de atención diurna para madres trabajadoras. Tendría que ser el mejor antes de que pudiera confiarle a Allison. Jamás pensó que se cuestionaría su derecho a cuidar de la pequeña.

Su tranquilidad se vio turbada bruscamente cuando el abogado de los Manning la visitó en su oficina. Inundó su escritorio con papeles de aspecto oficial, y le dijo con su voz remilgada y arrogante que sus clientes se proponían asumir toda la responsabilidad por la niña.

—Mis clientes están dispuestos a hacerse cargo de la niña y a criarla como propia. Por supuesto, se la recompensará por el tiempo y los gastos en que ha incurrido durante estas semanas en que la pequeña estuvo en el hospital.

—¿Usted quiere decir que comprarán mi aprobación?

—Por favor, señorita Adams, creo que usted interpreta mal la intención de mis clientes. Ellos están en condiciones financieras de criar a la niña en un ambiente opulento. ¿Seguramente usted querrá hacer lo que más convenga a la niña?

—La madre consideró que lo que más convenía a la niña era que yo la criase.

En una actitud sensata, se abstuvo de hablar al abogado de las instrucciones manuscritas.